

Bienestar y comunidad universitaria

Sr. Gran Canciller, Sr. Rector, Sres. Vicerrectores y autoridades universitarias, estimadas y estimados colegas, Sres. funcionarios y funcionarias, queridas y queridos estudiantes

Después de casi veinticinco años de pertenencia a esta universidad por primera vez y con mucha alegría, me hago parte activa de este Claustro Pleno, instancia que paulatinamente ha ido constituyéndose para mí en un encuentro muy significativo, uno de los hitos que marcan nuestra vida académica. Destaco este proceso ya que me parece significativo y valioso que las transformaciones relacionales, que claramente tienen lugar no son solo del contexto universitario, permitan que nuevas voces se atrevan a compartir ideas y reflexiones. Quizás para más de algunos pueda parecer extraño que me incluya en esta categoría, la de nuevas voces, pensando que hubiese tenido todas las posibilidades de hablar antes. Sin embargo, aunque teóricamente las condiciones parecen estar dadas, el pasaje desde la presencia a la participación activa implica un posicionamiento en las organizaciones que no depende sólo de las características y asertividad individuales. Pensarse como alguien que pueda aportar es un sentir privilegiado, ligado al sentido de pertenencia y al reconocimiento por parte de los demás miembros de la comunidad, reconocimiento que valida nuestra pertenencia. Ambos aspectos son fundamentales para el bienestar de las personas y de las comunidades.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que conciernen justamente la pregunta de cómo la comunidad, y en específico la comunidad universitaria, puede contribuir al bienestar de sus miembros, siendo actualmente una pregunta central en el tema de la salud mental. Está claro que una institución educativa no puede responder por todas las dificultades, traumas, travesías personales que afectan a sus integrantes. Sin embargo si puede y debe generar las reflexiones y las acciones que están a su alcance para ser un aporte a las personas que la constituyen. Estas ideas se basan claramente en estudios, en autores/as, en investigaciones, ligados a las ciencias sociales, a la psicología, y a la clínica: es mi área de trabajo profesional y académica. Estas reflexiones sin embargo nacen sobretodo de conversaciones y discusiones en reuniones con colegas, por lo que varios de ustedes se reencontrarán en ellas. Me siento orgullosa de ser parte de una escuela y de una facultad, cuyos miembros son buscadores incasables de conocimiento e interlocutores generosos, sobre todo interlocutoras ya que prevalecen las mujeres. Necesitamos de todo su bagaje para enfrentar los temas contingentes, que nos interpelan como comunidad.

En estos últimos años mis aprendizajes profesionales y académicos se han nutrido de múltiples espacios internos a nuestra comunidad, partiendo de grupos de discusión con estudiantes y funcionarios/as, pasando por las ideas compartidas en las reuniones de la comisión de género y poder de la facultad de filosofía y educación y en las reuniones de la red de académicas. Me he alimentado de los encuentros en las salas de clases, en muchas reuniones de consejo tanto de escuela como de facultad etc. Nuestra universidad está constituida por personas muy diversas, en género, edad, en nacionalidad, en historias, en nivel socioeconómico, en experiencias, en visiones de mundo. Un universo humano multiforme y multicolor que constituye nuestra comunidad, múltiples encuentros cotidianos, redes de palabras, gestos y significados. ¿Cómo hacer que las prácticas cotidianas, específicas de una comunidad universitarias, sean potenciadora, sean estímulos positivos para sus miembros, permitan bienestar?

Para contestar esta pregunta y entender qué nos genera bienestar, necesitamos recordar que los seres vivos, no sólo los humanos, nos caracterizamos por nuestra gran capacidad adaptativa al entorno, somos capaces incluso de transformar nuestra estructura para garantizar la supervivencia. Somos seres dependientes de las relaciones, las relaciones nos construyen: nuestras definiciones y movimientos son partes de los contextos a los que pertenecemos. Nos sentimos plenos cuando nuestros movimientos, tanto corporales, como emocionales y cognitivos, son recibidos, reconocidos y valorados por los demás significativos. A pesar de la cultura individualista, dependemos psicológicamente de la valoración de nuestros/as colegas, estudiantes, jefes: creer y moverse en sentido contrario, es decir ignorando la importancia del contexto en el bienestar, produce daños considerables en términos de salud personal y colectiva.

La percepción de nuestras necesidades, la forma de satisfacerlas, el valor que les atribuimos están histórica, social y culturalmente situados. Estamos constantemente en transformación, hoy más que nunca. Nos hemos dado cuenta que encontrarse, entenderse, confiar, responsabilizarse etc., lejos de ser supuestos, se han vuelto construcciones cotidianas que, en una perspectiva de complejidad, se alimentan del diálogo. Si hay un contexto en el cual no tiene sentido la búsqueda de la verdad, este es el relacional.

Basándonos en estas consideraciones nuestra labor, propia como comunidad universitaria, es doble y concierne, como decía anteriormente, tanto la reflexión como la revisión de prácticas. Por un lado nos corresponde la reflexión constante que ayude a entender tanto las características de esas transformaciones, especialmente en relación a nuestras/nuestros jóvenes estudiantes, pero también cómo estas transformaciones influyen en nuestra forma de estar en comunidad. La manera

de pensarse y de proyectarse de los jóvenes no responde a un antojo individual, sino como se decía anteriormente, es la respuesta adaptativa a la sociedad en la que los hemos situados. Escuchar sus visiones, expectativas y temores nos permite reconocer lo que hemos construido. Eso no significa exculparlos de sus responsabilidades menos aceptar todas las solicitudes. Escuchar significa construir diálogos que llenen de sentido palabras como confianza, formación, valores, responsabilidad. Abrir diálogos con los y las funcionarias con respecto de su visión de comunidad y de su sentido de pertenencia, es también de suma importancia. Sin embargo a mi entender el diálogo más urgente y necesario es entre los y las académicas. Necesitamos más espacios de discusión para entender al que tenemos enfrente, a mayor razón por la heterogeneidad que, tal como se decía anteriormente, ya es una característica de nuestra comunidad. Justamente para aprovechar de la enorme riqueza de experiencias diversas, es importante que validemos los aprendizajes que nacen de los diálogos cotidianos, de la escucha de la diferencia. Es así como podemos fortalecer la pertenencia, como fomentamos el sentirnos parte importante y validada de nuestra institución, a sabiendas que esa es una variable central entre los aspectos protectores en salud mental, y por ende también base para el aumento de la productividad.

La segunda parte de nuestra labor como docentes universitarios, especialmente en una universidad católica centrada en valores, me parece que es la revisión de las prácticas cotidianas que producen malestar. Así como hay gestos y palabras que alientan, sostienen y estimulan a desarrollar nuestras potencialidades y recursos, también hay gestos y palabras que humillan, oprimen, entristecen. No ayuda en el camino de formación que los estudiantes se sientan en falta, como que tuvieran que ser lo que no son. En los grupos con los estudiantes, tanto de primero como de último año, se destacaba esta mirada que sienten que reciben desde los "mayores": inmadurez, irresponsabilidad, inconstancia, finalmente sujetos en falta. Tampoco aporta a una buena productividad que los y las funcionarias se sientan menoscabados, no reconocidos en sus características personales y en sus labores. Personas que han trabajado años para la institución se sienten invisibilizadas, sin nombre, sin capacidades específicas, fácilmente reemplazables. Tampoco ayuda que los y las académicas no se sientan partícipes de las transformaciones de la universidad, que parecen llegar desde afuera, de las políticas públicas. Es importante preguntarnos por qué tantas voces jóvenes, potentes, generadoras de nuevas ideas parecen callarse en las interacciones cotidianas, en la participación colectiva.

Para conformar una comunidad de bienestar necesitamos reconocer que quizás no todos y todas las académicas nos sentimos igualmente valorados/as en nuestras opiniones y saberes.

Necesitamos revisar las prácticas que puedan obstaculizar la participación, necesitamos que la inclusión de las diferencias sea un recorrido y no sólo un principio teórico. Necesitamos que todos y todas nos sintamos convocados a cuidar nuestra comunidad, que no deleguemos en expertos u organismos especiales, la capacidad de revisar nuestras acciones, que sintamos que nuestro primer aporte como académicos/as es la reflexión y el aprendizaje constante, no sólo en conocimientos teóricos, sino en prácticas, en gestos y palabras.

Desde el punto de vista del bienestar la perspectiva valórica de nuestra casa de estudio es un sólido factor protector: es tarea de todos y todas hacer de los principios que compartimos, inclusión, pertenencia y reconocimiento del otro, praxis rigurosas a la que hay que dedicarles tiempo y pasión. El tiempo de la escucha y la pasión del diálogo.